

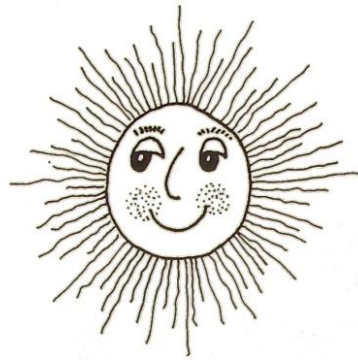
ALFONSA CAVIN

(Fundadora de las Misioneras de la Inmaculada Concepción)

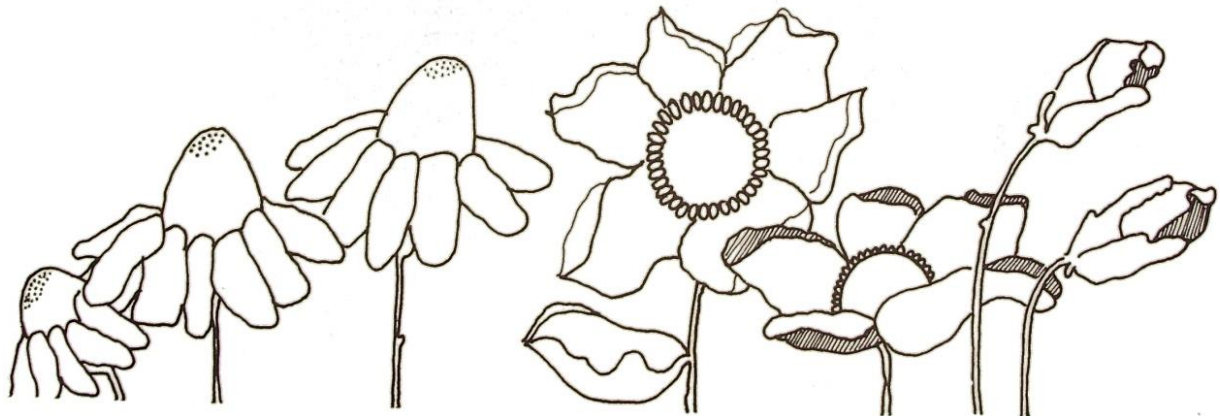
Texto: Margarita y M. M^a

Dibujos: Anna Casals

Barcelona 1980



*A todos los que fueron,
son y serán razón de ser
de la obra concepcionista.*



INTRODUCCIÓN

Toda biografía, por breve y concisa que sea, precisa una presentación si queremos ahondar en el espíritu de la vida que se nos presenta.

¿Quién es M. Alfonsa? Una mujer del siglo pasado que vivió con extraordinaria generosidad su vocación religiosa, vocación animada por un amor inquebrantable a Cristo, que hizo posible mediante la siembra de sí misma, la fundación de las Religiosas de la Inmaculada Concepción, Religiosas que durante 130 años trabajan para ser útiles a la Iglesia, siendo fieles a su carisma fundacional.

Instituto volcado desde sus orígenes en la educación y la sanidad, con una entrega siempre incondicional a lo más duro, a lo más difícil, a la situación más apremiante y urgente. Instituto que unos años más tarde se transformó en misionero, ampliando al máximo su campo de acción.

En nuestro caminar de hoy precisamos el aliento y el ejemplo de estos antepasados nuestros que supieron vivir en plenitud su vocación cristiana.

M. Alfonsa tuvo una vida difícil, muy difícil, pero fue fiel a la llamada, con una fidelidad creadora y una entrega total.

Vivió intensamente, amó a Dios y a los hermanos sin regateos. Su feminidad exquisita, culta, le dio una apertura excepcional en su época. Profunda, valiente, bondadosa, fuerte, sensible, serena, delicada, pobre.

Esta es la mujer de quien se ha escrito esta breve biografía. Mujer que vive, que está presente hoy en su obra, pues sigue siendo válida su opción de vida, su seguimiento de Cristo dentro de la Iglesia y su testimonio de vida evangélica.

UNA NUEVA VIDA

Eran las 7 de la mañana del día 17 de noviembre de 1816, cuando nació en Scey-Saone, el sexto hijo de los esposos CAVIN – MILLOT. Era una niña, la última de los hermanos. Ese mismo día a las 4 de la tarde era inscrita en el registro civil con el nombre de Luisa Felicia. Años más tarde lo cambiaría, al entrar en el Noviciado, por el de Alfonsa de Ligorio. Al día siguiente recibió las aguas del bautismo en la pequeña iglesia parroquial, una vida cristiana daba comienzo.

En el pueblo, nada hacía presagiar grandes cosas para la pequeña hija del matrimonio Cavin. Pasó para muchos desapercibidos. Es

más, en este pueblo, limpio, alegre y pacífico, situado en el corazón de la provincia del Alto Saone, no dejó huella. Su caminar seguro y profundo debía realizarlo en España.

¿Quiénes eran sus padres? Su padre, Jean-Jacques Cavin, era oriundo de Dampierre Sur-Salon, pequeño pueblecito situado al suroeste de la provincia. Era el tercero de seis hermanos también, que desde su nacimiento había vivido la dureza del trabajo del hierro. Había nacido en 1778 y en 1804 contrajo matrimonio en Autrey con Teresa Millot, nacida allí en el año 1776. Los esposos provenían de sendas familias dedicadas al trabajo de la forja. Era lógico que también ellos siguieran la tradición de sus antepasados.

Este oficio les obligaba a cambiar frecuentemente de domicilio, ya que en busca de trabajo recorrían a través de los años la mayor del país. No puede extrañarnos, pues, que Luisa Felicia fuera educada en un ambiente de austeridad y desprendimientos. Muy a menudo debía abandonar costumbres, casas y amistades para seguir a sus padres.

HUELLAS

Luisa Felicia vive en Scey exactamente dos años. De allí pasa a Aroz, pueblo situado a siete kilómetros de Scey, donde su padre había comprado una pequeña propiedad rodeada de frondosas viñas. Aquí residen solo un año. La fortuna les es adversa y abandonan Aroz para situarse en Drambon, en la provincia de Cote d'Or. El trabajo les retiene tres años, al cabo de los cuales, se establecen en Soing, junto a Gray. De nuevo están en la provincia de origen.



Gray es una hermosa ciudad que ama profundamente a la Virgen, bajo la advocación de Nuestra Señora de Gray. Esta devoción data de 1613, en que fue hallada la imagen de la Virgen en un viejo roble. La estatua venerada mide solo 11 centímetros y está celosamente guardada en un riquísimo relicario.



Posiblemente es aquí donde empieza a despertarse la devoción mariana de la pequeña Luisa Felicia. Su abuela materna, oriunda de dicha ciudad, le contaría los muchos milagros atribuidos a la Señora.

En 1825 la familia debe abandonar otra vez su casa para dirigirse a Fedry, situado a diez kilómetros de Scey. Aunque la estancia en este pueblo es de solo dos años. Luisa Felicia tiene ya once años y disfruta contemplando el paisaje suave de

la región que un día la vio nacer. Sus visitas a Scey serían frecuentes, ya que el camino es hermoso y se presta a ser recorrido.

El destino les lleva ahora más lejos. Se acercan a España, y es en los Bajos Pirineos donde el padre trabaja como director de forja en Banca, y en Saint-Étienne de Baygorry, cerca de Bayona.

Su padre, que había adquirido una cierta holgura económica, poseía una sólida instrucción y era capacitado en su trabajo; halla la muerte de forma repentina junto a la forja que tanto había amado, el día 5 de abril de 1828.

La muerte del padre es un duro golpe para la familia, por eso la pequeña Luisa Felicia va adquiriendo la serenidad y madurez que las penas dan a quien las acepta con mirada de fe.

¿Qué pasó a la muerte de su padre? ¿Abandonan el negocio para marcharse al lugar de origen, donde la familia les espera? No es probable. El hermano mayor de Luisa Felicia ya tiene veintidós años y sigue la tradición familiar, dedicándose al trabajo duro, pero creador, de la forja. En una de las pocas cartas que se conservan de M. Alfonsa, leemos que ella lo ama entrañablemente, ya que le ha hecho de padre.

Podemos pues, dar por seguro, que Luisa Felicia vive con su madre y con este hermano: Alfredo-Nicolás. Su vida, pues, sigue la misma ruta, con cambios frecuentes de domicilio, por eso a raíz de la muerte de su padre, se trasladan a la provincia de Landes. Aquí es donde la familia va disgregándose, las bodas de los distintos hermanos de Luisa Felicia van ampliando el contexto familiar. Las huellas de los Cavin señalan muchos caminos.

¿Y Luisa Felicia? ¿Cómo orientará su vida? Su recia personalidad se está forjando; su futura vocación va calando. Su temperamento reflexivo, profundo, es terreno abonado para ir madurando, aunque en principio de forma inconsciente, la simiente que ha de brotar en generosa decisión.

Su fina sensibilidad le ayuda a captar matices de la vida que van enriqueciendo su personalidad, y van perfilando su donación.

En las forjas de Uza transcurren los primeros años de adolescencia. Luego la familia se traslada a Brocas, cerca de Mont-de Marsan.

Ese tiempo es decisivo para su vida. Conoce al abate Antoine Labarrère, párroco de Brocas y que después fue director del Seminario de Aire, pequeño pueblo, como casi todos los de esta región, cercano a Brocas y no lejos tampoco de Burdeos.

Este hombre de grandes ideales, sacerdote decidido y firme, con excelentes dotes de gobierno, enérgico, práctico, disciplinado, austero e inteligente, influye enormemente en sus alumnos o en quienes buscan en él guía y dirección.

Amante de la justicia y del deber, infatigable en su trabajo, prudente y suave, pero a la vez firme, es el que orienta a Luisa Felicia durante varios años. es posible que la devoción mariana que un día legara Madre Alfonsa al nuevo Instituto y que posiblemente proviene del propio ambiente familiar muy cristiano, fuera cultivada por este hombre amante excepcional de María, que fue el abate Labarrère.

UNA OPCIÓN



Luisa Felicia tiene ya 26 años. Es hora de tomar una decisión. Su personalidad madura y su generosidad sin límites se inclinan hacia una donación total.

En la región de Landes y concretamente en Mont-de Marsan, las religiosas de la Sagrada Familia regentan un colegio. Es fácil que entre en contacto con ellas, posiblemente atraída por su labor educativa, ya que posee notables dotes de

pedagoga, innatas en ella. Dotes que después quedarán de manifiesto en los años entregados a la formación de tantas niñas, adolescentes y jóvenes españolas, y en el espíritu y talante que legó a sus hermanas en religión.

Las religiosas de Loreto habían sido fundadas en 1823 por el Padre Noailles. Vivía, pues, aún su fundador, lo cual hace suponer que el espíritu de la Congregación era muy genuino y por tanteo muy atrayente para una vocación generosa.

El 8 de mayo de 1843 entra en el Noviciado situado en Martillac a 15 kilómetros de Burdeos, en la orilla izquierda del Garona. Su opción de vida es ya un hecho.

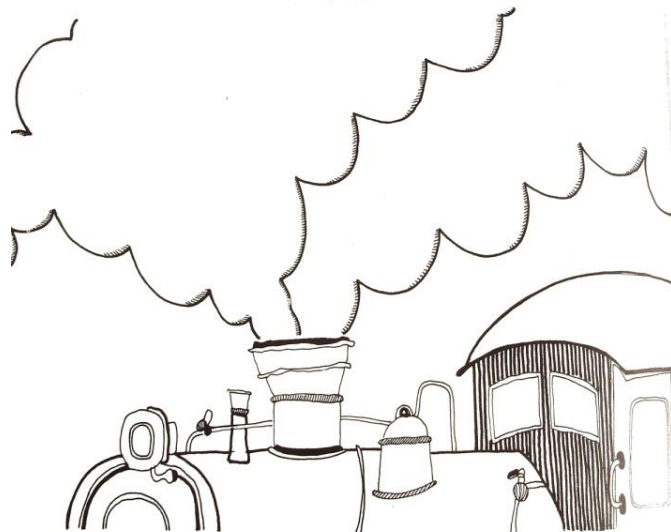
Martillac es solitario, está alejado de todo ruido. De ahí que a sus frondosos bosques se les conozca con el nombre de “La Solitude”.

En este ambiente de paz, sosiego y tranquilidad, apropiados para la reflexión y oración, realiza su noviciado, viste el hábito religioso el 24 de septiembre de 1843 y hace su primera profesión el 13 de abril de 1845, a la vez que cambia su nombre por el de Alfonsa de Ligorio.

La formación propia del espíritu del Instituto es la que recibe en el Noviciado. Espíritu muy evangélico, destacando la pobreza como virtud clave.

Luisa Felicia joven ya madura, aprovecha este tiempo, se entrega totalmente y se gana la confianza del Fundador, que ve en ella muchas cualidades para desarrollar dentro del apostolado propio del Instituto.

DESTINO: MATARÓ



La joven profesa es inteligente y persona de confianza. En 1846 es enviada con otras religiosas a fundar una casa en Mataró, Barcelona.

¿Cómo recibió Alfonsa Cavin el destino? ¡Su primer destino! Es fácil de imaginar. Está acostumbrada a los cambios repentinos, imprevistos y constantes. No obstante, el de ahora es distinto. Su sensibilidad recibiría un golpe. Se trata de dejar su patria, la lengua y las costumbres, y eso... cuesta. No obstante, con su serenidad habitual y su reciedumbre característica, acepta el destino y parte hacia Mataró.

El 4 de junio de 1846, se instala la nueva Comunidad, constituida por tres religiosas, y al día siguiente abren las puertas del Colegio. Su vida de maestra da comienzo.

Pronto se distingue la joven religiosa por su tacto, prudencia y acomodación a las costumbres españolas. Domina el idioma con facilidad. Es nombrada superiora en agosto de 1846.

Al correr el tiempo llegan quejas de ella a Martillac y el Padre Noailles, temeroso de perder tan excelente vocación, la manda llamar. Es hora de emitir sus votos perpetuos. Se prepara con interés, ilusión y entusiasmo. Los superiores ven desvanecerse todos sus temores anteriores y le conceden los Votos perpetuos el 24 de septiembre de 1849.

Los emite en la capilla en la Virgen de todas las Gracias, situada en la pequeña isla que hace un par de años ha mandado a construir el P. Noailles para mayor retiro y soledad de las religiosas, en sus días dedicados a la oración y que está enclavada en medio del bosque y rodeada por un foso de agua.

No cabe la menor duda de que la Virgen de la Merced la quería para sí. La entrega total al Señor la efectúa en el día de su fiesta, fiesta muy querida en Barcelona. Alfonsa Chavín consagra su vida a Dios, sin quizás instituirlo en aquel momento, para servir, vivir y morir por Él, en España.

Llena de nuevos anhelos de hacer el bien y darse a los demás con la bendición del Fundador, parte de nuevo para Mataró.

ENCRUCIJADA

El instituto de la Sagrada Familia, religiosas de Loreto, atraviesa una grave crisis en nuestra patria. Incomprensiones, calumnias... y mil dolores mas, que Dios permitió.

El P. Noailles, confiando ciegamente en M. Alfonsa, la confirma como Superiora de la casa de Mataró. La ve preparada espiritual y humanamente, sabe que se halla encarnada en el lugar donde ha de ejercer su apostolado, por eso no duda en confiarle la responsabilidad.

Su generosidad sin límites halla formas de ponerla en práctica. Se preocupa extraordinariamente por sus alumnas necesitadas. Pide, insiste, busca hasta encontrar ayuda para ellas. Su caridad es inagotable. No tiene bastante con las alumnas huérfanas y necesitadas y extiende su acción hacia los enfermos y logra que alguna de sus religiosas se hagan cargo del hospital.

El duro calvario de la Madre pronto dará comienzo, tropiezos sin fin encuentra M. Alfonsa en el desarrollo de su responsabilidad. Persisten las dificultades para el Instituto de la Sagrada Familia. Las quejas quedan muy concretizadas y no han de extrañarnos. Dentro del contexto histórico en el que se desarrollaban tenían razón de ser. En todas las declaraciones que se hicieron sobre el conflicto, hallamos un tono antifrancés, más o menos disimulado.

M. Alfonsa sigue sin vacilaciones su obra. No se arredra. Sufre, calla, ora, espera que Dios se manifieste.

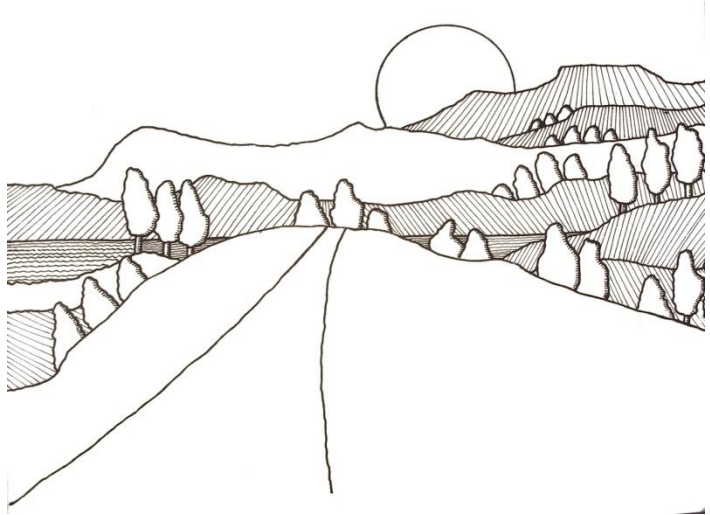
Mientras tanto se prepara para ser más útil. El 17 de marzo de 1850 se presenta a exámenes y adquiere con la calificación de sobresaliente, el grado de Maestra de Instrucción Primaria Elemental y, al año escaso, adquiere el grado de Maestra de Instrucción Primaria Superior, con la nota también de sobresaliente.

Notorio es el interés que tiene M. Alfonsa, no sólo de ser útil, sino de serlo con la graduación española que se requería en aquella época, es decir, con el máximo de encarnación en el contexto y lugar de su apostolado.

La situación entre el clero de Mataró y las religiosas llega a unos límites inesperados de incomprensión y tirantez. La comunidad está formada por dos tipos de personas, las cumplidoras estrictas de la ley, fieles seguidoras de la letra emanada de Burdeos, y las que, con espíritu de fe, van interpretando los signos de los tiempos y van adaptándose a las necesidades y costumbres de la ciudad, sin renunciar a su propio carisma.

Obligada por estas circunstancias, M. Alfonsa escribe al obispo de Barcelona, doctor Costa y Borrás, dándole cuenta de la situación y poniéndose a disposición del obispo.

Cartas con Burdeos. Entrevistas. Conversaciones. Rescisión del contrato entre autoridades de Mataró y Burdeos. Obras sin dirección. Niñas sin instrucción. Huérfanas sin cuidados... ¿Para qué insistir más? Todo esto y mucho más afecta a M. Alfonsa.



Su vocación era muy firme, se sentía ligada a su Instituto, pero sufría por encontrar con claridad lo que Dios quería de ella. En la oración buscó la paz y serenidad que tan características le eran y esperó pacientemente a que Dios se manifestara.

Esto no se hizo esperar. El doctor Costa y Borrás, después de haberse informado detalladamente de cuanto acontecía, decidió la continuidad de la acción pastoral que recaía en las Religiosas de la Sagrada Familia, aunque aceptó que éstas debían retirarse de las mismas.

Era, pues, preciso encontrar una persona de sólida formación, prudencia y capacidad organizativa que fuera capaz de llevar adelante la obra educativa y apostólica iniciada unos años antes.

No se dudó ni un momento, M. Alfonsa fue la escogida. Esto nos prueba el gran prestigio que tenía. No se confía la dirección de una obra que es fruto de escisión, a quien pueda tener la más remota culpa, sería condenar de nuevo la obra al fracaso.

Los superiores de Burdeos acuden rápidamente para cerciorarse del conflicto. Se presentan a las religiosas dos posibles soluciones, entre las que debían optar libremente: “O seguir perteneciendo al Instituto de la Sagrada Familia, en el cual caso tendrían que abandonar la casa, o dar vida a una nueva Institución autónoma con los mismo fines”.

No es fácil describir las horas de angustia, de sufrimientos, que debían anteceder a tan importante decisión. Un clima de oración y silencio invadía la Comunidad. Era Dios el que debía mostrarse en cada opción, no era válida la palabrería.

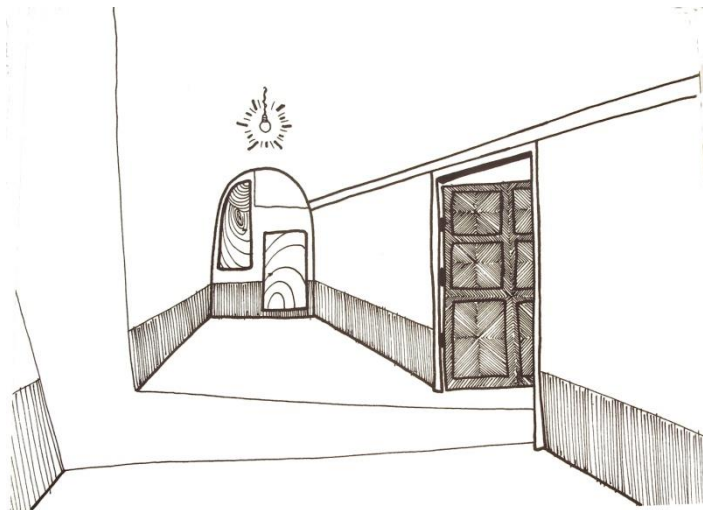
Por fin llega el momento de la respuesta. Dieciocho religiosas aceptan la fundación de un nuevo instituto, solo cuatro regresan a Burdeos.

La decisión de M. Alfonsa fue muy madura, e intenso el sufrimiento que le costó. No deseaba la ruptura, la aceptó, al convencerse de que Dios le pedía mucho más.

Dios se valía de malos entendidos e incomprensiones para crear en la Iglesia de Cataluña una nueva familia religiosa: el Instituto de Religiosas Misioneras de la Inmaculada Concepción.

LA RAZÓN DE UNA VIDA

El 13 de junio de 1850 se quedan solas las dieciocho religiosas. La alegría no debía ser la nota característica. Las emociones habían sido duras. Se había aceptado la rotura como la única solución viable. No era, pues, cuestión de celebrarlo. Pero la vida había que vivirla con plenitud, con entrega total, por eso el ritmo de trabajo era el habitual.



Externamente todo seguía igual. Entrega abnegada, desinteresada, a niñas y jóvenes; ancianos y enfermos; oración profunda, vida intensa de Comunidad, afecto fraternal y caridad sin límites.

Internamente, paz y serenidad. Una gran esperanza en Dios las alentaba. El día 11 de julio, M. Alfonsa recibe el nombramiento de Superiora General, firmado por el Dr. Costa y Borrás.

Este nombramiento certifica de nuevo el valor de M. Alfonsa. Quedan de nuevo confirmadas las excepcionales dotes y virtudes de esta vocación.

El 4 de agosto de 1850, el nuevo Instituto comienza oficialmente. Las religiosas emiten sus votos y se comprometen a vivir dedicadas a la enseñanza y cuidado de ancianos, enfermos y desvalidos.

El Instituto de Religiosas Misioneras de la Inmaculada Concepción acaba de nacer.

La vida de M. Alfonsa tiene una razón de ser: dirigir y orientar el nuevo Instituto.

FIEL A SI MISMA

El nuevo Instituto creció con cierta rapidez. Grupos de jóvenes solicitaban entrar en él. La Fundadora atraía con su rica personalidad y con la encarnación de vida evangélica. La vitalidad de los miembros daba una imagen agradable del mismo. Los primeros años fueron la edad de oro del Instituto.

La pobreza era la nota característica, pero era el fermento indispensable para mantener vigoroso el espíritu. Las características del nuevo Instituto brillan en estos años. Sencillez, caridad, mansedumbre, prudencia, austeridad, humildad y compromiso apostólico eran las virtudes clave. Se trabaja con tesón y contagiosa alegría. La unión y mutuo aprecio eran tan animadas por un profundo espíritu de fe.



Para M. Alfonsa fueron estos primeros años de intensa actividad y de intenso gozo interior.

Por un lado está volcada a la docencia. Formar, educar, esa es su gran vocación, transmitir y lograr que los demás sean. Por otro lado, en constante preocupación por las religiosas jóvenes, para que sean aptas y eficaces, profundas y con arraigado espíritu de oración.

Esta gran donación de sí, en aras de una fidelidad vocacional, hallaban ánimo en el buen espíritu que reinaba en todas las Comunidades.

Madre Alfonsa era una madre, tanto para sus religiosas como para sus alumnas, conoce a todas y por todas se sacrifica, de esta forma se mantiene fiel a sí misma, siendo fiel en su entrega total y absoluta a Dios.

Las numerosas Fundaciones obligaron a Madre Alfonsa a frecuentes desplazamientos y a innumerables sinsabores. Posiblemente esto fue también el motivo de la primera crisis que aquejó al Instituto.

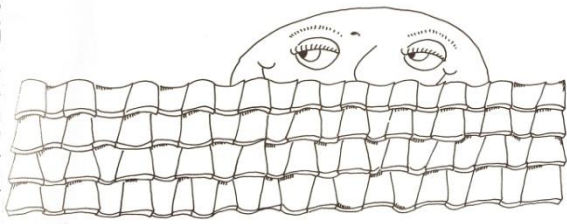
Las nuevas Fundaciones exigían personal preparado y Madre Alfonsa iba desprendiéndose de las hermanas mejor capacitadas. Esto ocasionó una dispersión notable, que forzosamente repercutió en la vida del Instituto.

proyección apostólica de las misioneras de la inmaculada concepción:



SE OSCURECE

Si, después de unos años tranquilos, llenos de paz, de expansión del Instituto, fruto de la donación sin regateos de su fundadora, y del espíritu generoso y entregado de las Hermanas, surgen las dificultades. Las sombras empiezan a oscurecer el horizonte.



En 1858, un grupo de Hermanas se manifiestan descontentas del gobierno de su General. ¿Qué alegan? No se puede precisar, pero es posible que descarguen en la Fundadora la responsabilidad de mil pequeños detalles negativos que van apareciendo junto al crecimiento de la obra y que desbordan la capacidad de entrega de quien la dirige.

También el obispo de Barcelona discrepa de la actuación del Fundador, Dr. Costa y Borrás, en este momento arzobispo de Tarragona.

Fue esta crisis pasajera, pocas consecuencias tuvo para el Instituto, pero inmediatamente se empieza a fraguar la gran crisis, crisis que en sus orígenes podríamos definir como de “intrigas comunitarias y curiales”, “dimes y diretes”, que ayer, hoy y siempre arrastran al abismo obras y personas.

EN EL CRISOL

Madre Alfonsa empieza su lenta y dolorosa purificación, que demostrará claramente la razón de ser de su vida, de su entrega, de su fidelidad inquebrantable. Hay que pasar por el crisol del sufrimiento para llegar a la purificación total.

Seis años de pruebas, acusaciones, humillaciones, abandonos e incluso el destierro.

En el lenguaje de hoy, diríamos que existía un grupo de presión, formado por Hermanas de poca instrucción y dirigidas por alguien sediento de poder y de ambición.

Una campaña de este tipo es fácil de organizar. Si a esto añadimos la tendencia innata en algunas Hermanas de aquella época – siempre las hay – a interpretar en mal sentido algunos hechos y a generalizarlos rápidamente, tendremos en seguida suficientes razones para arrinconar, culpar, menospreciar a una persona en este caso a Madre Alfonsa.

Las Hermanas se dividían en dos grupos, las que apoyaban y defendían y las que deseaban a toda costa, quizás inconscientemente, hundirla.

Madre Alfonsa deja de ser Superiora General, aunque parece que el fin que se proponían las reaccionarias iba más lejos, deseaban la disolución de la Congregación.



La norma de Madre Alfonsa fue siempre: sufrir, callar, orar; pero esta vez, por no afectarle sólo a ella, sino por ir más allá el ataque, como hemos dicho, habla, o mejor, escribe, al Dr. Consta y Borrás, una extensa carta dándole cuenta de todo, pero sin que en ningún momento se trasluzca una acusación, una amargura, un deseo de quedar bien. Dice exactamente lo necesario y deja “lo demás al Señor para que Él solo lo justifique”.

Todo esto no es de extrañarnos, es lo típico de los Fundadores, en realidad es lo propio del cristiano, ya nos previno Cristo: “No es el siervo mayor que el maestro” (Mc. 13, 13).

Estos años de intenso sufrimiento mermaron la salud de M. Alfonsa. Su naturaleza delicada y su fina sensibilidad acusaron los sinsabores.

El hecho de que una mujer en aquella época, fundara un Instituto y este sobreviviera al correr al correr de los tiempos y vicisitudes, es ya una prueba positiva de la virtud y talla de esta mujer, es un argumento a favor de que la obra era de Dios.

¿Cuál fue la actitud de M. Alfonsa ante este cúmulo de acusaciones? Un vivo sentido de obediencia a sus superiores eclesiásticos. Gran prudencia. Una exquisita caridad para con sus adversarios. Evita las expresiones duras, no menciona nominalmente a nadie, excusa siempre, habla en tercera persona, lamenta el daño que se está ocasionando a la Iglesia y al Instituto. Ruega a Dios por todos, pide luz, ofrece perdón, concede la bendición, demuestra un entrañable amor hacia todas las hijas. Esta es su respuesta a tanta intriga.

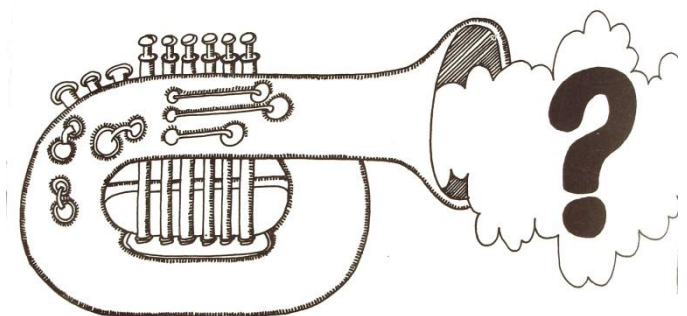
INTERROGANTES PROFUNDOS

M. Alfonsa permanece en medido de la prueba con fe inquebrantable, lo cual es compatible con tremendos interrogantes que aquejan su conciencia y van malogrando su ya mermada salud.

Deja de ser Superiora General y es sustituida por su adversaria más enconada y chismosa. El calvario de la Madre se recrudece.

Humillaciones sin fin, hasta el punto que algunas de sus Hermanas a título personal escriben al obispo de Barcelona rogándole interceda para que “se le tengan las consideraciones debidas, por lo menos, como una Hermana cualquiera”.

Otra se expresa diciendo: “Está puesta en una opresión tal que un reo, por más criminal que haya sido, no la sufre”.



Otra escribía: “sólo al ver al modo como han tratado y tratan a la Fundadora, hay para desmayar y hacer caer el alma a los pies. ¿Cómo seríamos tratadas por estas personas nosotras súbditas, si se han portado así con la pobre Fundadora?

¿Y M. Alfonsa? Calla, calla y ora. Un pensamiento viene a turbarla profundamente. Se siente asaltada por escrúpulos. Al ver como las contrariedades y oposiciones amenazan la continuidad del Instituto, la Madre teme que todo provenga de haberse separado de su primitiva Congregación.

Después de haberlo consultado mucho tiempo con Dios, escribe el obispo fundador, abriendo su alma llena de dudas. Se pone en sus manos dispuesta a toda consta a recobrar su tranquilidad para trabajar en la santificación, aunque para ello tenga que suplicar la admisión en la Congregación de Burdeos, y ver como desaparece el Instituto que tantos sinsabores le está ocasionando.

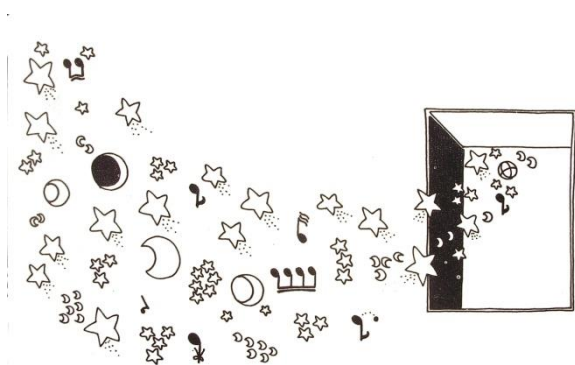
El Dr. Costa y Borrás, que tanto comprendió, confió y amó a M. Alfonsa, sosiega su alma atormentada e intenta que la paz reine en ella.

Pero el 14 de abril de 1864 fallece en Tarragona el Fundador. Con ello queda en la más desamparada soledad M. Alfonsa.

El Dr. Costa y Borrás la había comprendido siempre, en él hallaba apoyo. Hasta este consuelo Dios le arrebató. La purificación ha de ser total y absoluta, no caben mitigaciones en la dura prueba, que aquilató y acrecentó la virtud y méritos de M. Alfonsa.

Renuncia al Generalato, renuncia a la plaza oficial de maestra que posee en Mataró, traslado a Reus, luego Tarragona... es innumerable la lista. La respuesta de la Madre es siempre la misma: la delicadeza para con sus hijas y el amor a la Congregación inspiran sus acciones.

FIDELIDAD DE UN AMOR



En 1865 se presenta la oportunidad de fundar un colegio en Logroño. Las adversarias de M. Alfonsa aprovechan la gran ocasión, alejarla de las Hermanas con la excusa de una nueva Fundación.

En septiembre de este año, M. Alfonsa recibe el encargo de salir para Logroño. No es difícil imaginar que fue una liberación para ella. Tenía otra vez la posibilidad de contribuir con la acción a

dar vida a su Congregación. Su temperamento creador, su vocación de educadora, su fecundidad espiritual rápidamente hallaron forma de ser útiles.

Organiza, planifica con decisión, con amor y con diligencia. Sus planes son recortados. Sólo dos hermanas marchan con ella y el mínimo de material y de aportación económica. No importa. La voluntad de Dios está clara. Lo que importa es el amor de la entrega, los medios no cuentan. M. Alfonsa acepta con clarividencia el destierro y por tanto la soledad y el abandono en esta misión.

El nuevo Colegio es inaugurado el 1 de noviembre de 1865. En la propaganda del Colegio se insiste sobre todo en que las alumnas serán educadas “en los sólidos principios de nuestra Santa Religión”.

Al principio de toda obra, los gastos son ingentes y los ingresos pocos. M. Alfonsa se ve precisada a pedir ayuda, incluso ropa. Sus cartas caen en el vacío. No recibe respuesta. Acuciada por la necesidad, marcha a Francia para pedir ayuda a su familia y amistades, dando cuenta exacta del viaje al señor obispo de Barcelona.

M. Alfonsa y las dos hermanas que la acompañan viven entregadas totalmente a la educación de sus alumnas.

La ciudad de Logroño pronto valoró el esfuerzo y apreció el trabajo abnegado, desinteresado y alegre de las religiosas, que en su donación no traducían en nada la soledad, el abandono y la penuria que estaban atravesando.

Uno de los canónigos de Logroño intuyó lo que estaba sucediendo y escribió al obispo de Barcelona pidiendo ayuda para las religiosas que vivían de “forma tan abnegada con la paciencia y alegría de quien trabaja para el cielo”. Insistía también en la “edificante y ejemplarísima conducta que observaban las religiosas”.

LLAMADA INAPELABLE

Falta de recursos. Falta de personal. Silencio de los Superiores. Soledad total. Este era el ambiente en el que M. Alfonsa desarrollaba en plenitud su vocación de educadora. Los frutos eran óptimos. Dios acogía y bendecía el esfuerzo.

En noviembre de 1867 se siente de nuevo enferma, empieza el atardecer de su vida.

Nos consta que hasta el último momento se entregó de manera heroica a la enseñanza y a su Comunidad.

El día 1 de enero de 1868, pide los últimos Sacramentos, se prepara conscientemente para la llamada inapelable que Cristo está a punto de hacerle.



El día 3 de enero, purificada por tanto sufrimiento, con júbilo por corresponder al amor de Dios, con paz, serenamente responde a la llamada y marcha a la casa del Padre, donde ha de recibir el premio a una vocación que fue fiel hasta su muerte.

EPÍLOGO

A la muerte de M. Alfonsa, ¿qué pasó?

Lentamente se serenaron los ánimos, se purificaron los espíritus y se valoró a la Fundadora.

El Instituto fue abriendo casas, colegios, hospitales, dispensarios, residencias...Niños, ancianos, adolescentes, jóvenes...

Las Misioneras acudían donde su presencia y sus servicios eran necesarios.

En 1885 llega a la misión más difícil de África: Fernando Poo.

Cuando la epidemia de cólera se cierne en Cataluña, acuden presurosas a cuidar a los enfermos desahuciados, fieles siempre al espíritu de la Fundadora, de permanecer o acudir donde su presencia y acción fuera necesaria para dar testimonio evangélico por difíciles y duras que fueran las condiciones.

Hoy M. Alfonsa es conocida y amada por todas sus hijas, las Misioneras que oran, trabajan y luchan por ser fieles al espíritu que les legó y al carisma fundacional, y también por miles de niños, adolescentes y jóvenes que entran en contacto con las Misioneras y aprenden a amar a Dios, amando y sirviendo al hermano y trabajando por hacer un mundo más humano y más justo.

Miles de ancianos y enfermos que reciben cuidados y atenciones en hospitales, residencias y clínicas admiran y aman también a M. Alfonsa.

Su espíritu sigue vivo en las obras del Instituto de Misioneras de la Inmaculada Concepción y en los miembros que se esfuerzan porque sea esto realidad.

Deja, pues, lector, que esta biografía, este espíritu que aletea en ella, esta acción que está en las obras, cuestione, interpele tu vida y te espolee a vivir con mayor profundidad y compromiso tu cristianismo.

Barcelona, 4 de agosto de 1980

Editorial CLARET.